

Juan Macías Troyano, autor de la novela EL YUGO

Joaquín Palmerola

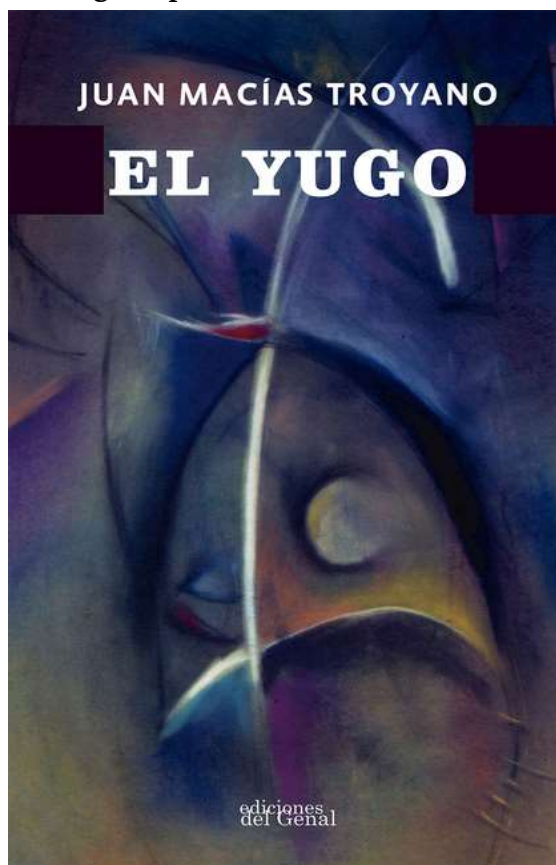
Juan Macías Troyano, personaje multidisciplinar autor de la novela *El yugo*, nació en el mismísimo corazón de Málaga. Aproximadamente cuando el ecuador del siglo XX iniciaba su andadura. Y lo hizo, precisamente, en la Calle Nueva, que se ha convertido, con la huida del tiempo, en una de las más viejas de la ciudad. A un tiro de piedra del santuario dieciochesco de la cultura, conocido popularmente como *La Económica*, en el que, entre otras actividades, se han dado cita las distintas formas de expresar el arte, con el incesante desfile de pintores, escritores, poetas y prosistas, además de otras cualificadas expresiones.

Para quienes desconocen al personaje, aportemos un breve pasaje de su discurso de ingreso en la Asociación Española de Médicos Escritores, celebrado en 2017, y en el que Juan Macías se autodefinía así:

Empiezo por hacerme una pregunta sencilla que recuerda al título de una exitosa comedia de Juan Ignacio Luca de Tena ¿Quién soy yo? Pues yo soy un humilde médico, mixto de urbano y rural, y además, desde esta feliz noche, de manera oficial al menos, médico escritor. Siempre he preferido llevar estos dos oficios por separado. Nunca escribí médico, guion, escritor, dando por hecho que yo sea esto último.

Cuando no he tenido otro remedio que hacer constar que soy ambas cosas, por ejemplo, en los artículos del periódico, lo he hecho valiéndome de la copulativa, que viene de cópula como ustedes adivinan. Médico y escritor. No soy de los que creen que el médico, por el hecho de serlo, haya de llevar dentro un germen de literato.

Lo que siempre se dice, que el contacto con el sufrimiento es lo que le proporciona la tan frecuente vena humanística, lo veo como uno de esos conceptos grandilocuentes que parecen verídicos de tanto repetirse. Más bien pienso, que la proverbial vocación literaria de los médicos, procede



de la ubicación fronteriza de la Medicina, tanto de su estudio como de su ejercicio.

Uno y otro requieren una mezcla de memoria y raciocinio. Entiendo que la gran verdad de esta hermosa profesión es el diagnóstico. Y un médico que se precie, procurará llegar hasta él, o siquiera comenzar el camino que conduce a él, mediante un proceso mental claro y ordenado. Esto le tendrá entrenado para aplicar esa misma claridad analítica a cualquier asunto.

De ahí a la plasmación literaria, coser y cantar. La tecnificación de la medicina ha desplazado la conjetura y la reflexión en beneficio de la objetividad que aporta el sinfín de pruebas al alcance del galeno. Esa puede ser la causa de que los jóvenes se muevan más en las certezas de la técnica que en las dudas de lo intelectual.

*De mí puedo decir, que soy un médico que nunca se ha separado de la literatura. Hablando en terminología clínica, la Literatura, ha estado presente en la etiología, en la evolución y en el tratamiento de mi vivencia profesional. Antes de elegir carrera, ya estaba recibiendo el contagio literario de mi tío Pedro, modelo clásico de médico rural con ribetes filosóficos. Él me dio a leer *Servidumbre humana*, la novela de Somerset Maugham con protagonista médico, y *Vocación y ética* y otros ensayos, de Marañón. Maugham puso ante mis ojos de lector, un personaje novelesco sobre el que soñar futuras realidades.*

Al hilo de todo esto, citemos algunos nombres de médicos que hicieron fortuna también como literatos, por ejemplo: Chejov, Frank Slaughter, Ramón y Cajal, Vallejo Nájera, Laín Entralgo, Pio Baroja... nombres a los que se une el de Juan Macías Troyano quien, en su itinerario de escritor, además de miles de artículos publicados en diferentes medios, también tiene escrita una obra singular desde su perspectiva de médico: *El ojo cínico*, prologado por su amigo Manuel Alcantara y aparecido en 2016. Todo un análisis de la sociedad española en general, realizado con humor satírico y corrosivo, tras tantos años de ejercicio profesional.

Decíamos, que el autor de *El yugo* nació en Málaga. Pero las circunstancias familiares le llevaron bien pronto a situarse en la idílica villa de Istán, un municipio de la provincia que se encuentra a 15 kilómetros al noroeste de Marbella, en la falda sur de la Sierra de las Nieves, cuna de sus antepasados, en donde transcurrió buena parte de su infancia. Terminada esta, vivió su adolescencia en Ronda, la inmortal y romántica Ciudad del Tajo, para estudiar el bachillerato como aplicado alumno interno y, a continuación, acometer el periplo universitario en Granada.

Una curiosidad sin límites del mundo que nos rodea, le llevó desde muy joven a investigar en el entramado periodístico, leyendo cuantos periódicos caían en sus manos y aficionándose a escribir pequeños relatos. Su primer artículo periodístico, escrito a sus veinte años, apareció en el diario Sur.

Con estos antecedentes y puesto que el entorno en el que uno fragua sus primeros conocimientos terrenales, condiciona gustos y aficiones, no es de extrañar que se mueva como pez en el agua por el mundo del flamenco, con sus infinitos modos de expresión. En ellos, participa de forma activa como incansable notario, para dar fe, como dijera Eugenio Noel, de que “*er cante no cabe en er papé*”.

De acuerdo. Pero sus amplios conocimientos sobre el mismo, le otorgaron la facultad de significarse, no solo como experto conocedor desde sus raíces, sino como presentador de incontables y épicas veladas flamencas, en territorio tan propicio como el nuestro; protagonista incluso a día de hoy, si la ocasión se tercia; autor de múltiples escritos aparecidos en la prensa nacional, además de un libro, el primero que escribió, y que se titula *El flamenco imposible*. Obra que figura, por derecho propio, en los anaqueles de las más prestigiosas bibliotecas en las que se venera el llamado *Cante güeno*.

Aparte de lo comentado, su versatilidad le ha procurado también, ser todo un experto en el *Arte de Cúchares*. Seguro que, entre sus lecturas, las obras completas de don José María de Cossío, el hombre que más sabía de toros en el mundo, figuran en lugar destacado. Sin olvidar, que el solo hecho de haber pasado años en la tierra de Pedro Romero y la saga de los Ordoñez, amén de la célebre Goyesca que se celebra desde los primeros años cincuenta en la Real Maestranza de Caballería, ha debido influir lo suyo en el cúmulo de devociones que atesora en su mochila.

En 2015 vio la luz *La corrida paso a paso*, una obra ligera contada a dos bandas, puesto que aporta, por un lado, unos estupendos dibujos del marbellí Pepe Moyano, junto a unos textos de bellísima factura, demostrativos de la estatura intelectual de quien aborda en estos tiempos cuestiones tan controvertidas, como sigue siendo la tauromaquia. De esa breve joya taurino-literaria entresacamos:

La relación del español con el toro, desde siglos pasados hasta hoy, ha evolucionado en la misma medida que lo han hecho el español y el toro. Cuando el toro bravo era una fiera salvaje, el español, en parte, también lo era. Por eso se fajaban, por aquellos ruedos de Dios, en una pelea a vida o muerte.

Aquellas corridas que presidía Fernando VII eran un espectáculo bárbaro de lanzadas por aquí y espadaos por allá. Es fácil imaginar, esparcidas sobre la arena de las plazas, lo mismo unas tripas de caballo que el ojo de un torero, o que la infalible sangre del toro. Si algo se podía salvar de aquellas orgías de vísceras y sangre, es que el peligro de morir estaba casi equitativamente repartido. Perdían la vida caballo y toros, pero con bastante frecuencia, también el torero.

Ahora el español se nos ha hecho más sensible y correcto. En paralelo, el toro bravo ya no es lo que era, y ahora embiste con exquisita educación y buenos modales. Los caballos van protegidos hasta la pezuña y los toreros

ven lo de morir en la plaza como un riesgo más teórico que otra cosa. Una corrida de estas de ahora, es un reflejo casi exacto de una España democrática y aburguesada, con más ganas de divertirse que de sufrir o ver sufrir, lógicamente.

Estamos, ante un personaje que desdobló sus actividades durante su periplo de médico rural en poblaciones tan sonoras como San Pedro de Alcántara, Estepona, Marbella y sobre todo Monda. La mítica población en la que ha ejercido tres largas décadas y el grado de idolatría que le profesan sus habitantes nos dejaría sin adjetivos.

Desde el minuto uno de su andadura como galeno, nunca cesó en el cultivo de unos ideales relacionados con el mundo de la cultura entre los que destaca su afición por el teatro y la decisiva influencia que ha tenido en su vida, conocer y ahondar en la trayectoria, vida y obras del gran dramaturgo que fue Miguel Mihura.

Tan arraigado lleva su amor por el Arte de Talía desde mucho antes, que incluso llegó a interpretar en sus años universitarios, dentro de aquel bien matizado y panorámico TEU, una de las obras más singulares del siglo XX, con el monólogo de tan solo dos horas (nada menos) que escribiera Pedro Bloch e interpretara durante años, por todo el mundo de habla hispana, el célebre Enrique Guitart: *Las manos de Eurídice*.

Pero uno cree, que la faceta que más le condiciona es la de ser escritor. Escritor de costumbres. Duro oficio sin duda. Severa labor que necesita constancia, derroche imaginativo, altas dosis de ensueños y utopías, para no dejar *ni un día sin línea*, máxima que llevan a rajatabla todos aquellos que rinden pleitesía a una faena, la de escribir, que, como bien argumentó el añorado Mariano José de Larra, en este país, equivale a llorar.

Si el bueno de Juan Macías Troyano se pega sus llanteras en solitario, lo cierto es que lo encubre con mucha dignidad. Porque desde siempre, uno le recuerda *tenazmente bienhumorado*, contaminando los lugares comunes en los que se mueve, de ese candor humanístico que deja traslucir; en una bonhomía solo al alcance de los elegidos, y que muchos anhelamos y quisiéramos para nosotros. Dicho sea, con la más insana de las envidias.

Pero es que es así. En este retrato a vuelapluma que no quiere ser al pastel, porque podría pecar de pasteleo y la RAE advierte que *Pasteleo*, es un *‘Juego sucio entre individuos de calaña poco fiable, introducidos subrepticamente en la vida política, que buscan sólo su personal conveniencia’*. ¿Les suena? Seguro que les suena. Pero no entremos en terrenos pantanosos.

El retrato, por lo tanto, se queda a carboncillo, que es otra manera un tanto difuminada y menos sublime de plasmar perfiles y sentimientos que se esconden detrás de la apariencia. Aquellos que lo conocéis en profundidad, bien sabéis que no es exagerado argumentar que como médico,

como escritor y como ser humano, juega con dos descomunales ventajas, por no decir armas, que siempre le han acompañado en todas y cada una de sus acciones. Una, es la empatía que pone en práctica de modo inherente a su persona, con todo el mundo y en cualquier circunstancia.

Y me remito a una obra literaria con la que estoy en deuda permanente y por eso cito cada vez que la ocasión se presenta: *La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis*, del profesor estadounidense Jeremy Rifkin.

La otra ventaja, que utiliza Juan Macías Troyano, tanto en la distancia corta como en sus escritos, y que le brota a borbotones incluso sin pretenderlo, de modo innato, es el llamado “*Arte de prudencia*” y no hace falta que les remita a la obra que Baltasar Gracián escribió hace cuatro siglos. Con esas dos premisas, ha navegado en cien mares y atracado en cien riberas, por emplear la metáfora machadiana. Ha hecho y continúa su camino, como un inclasificable y libre andariego.